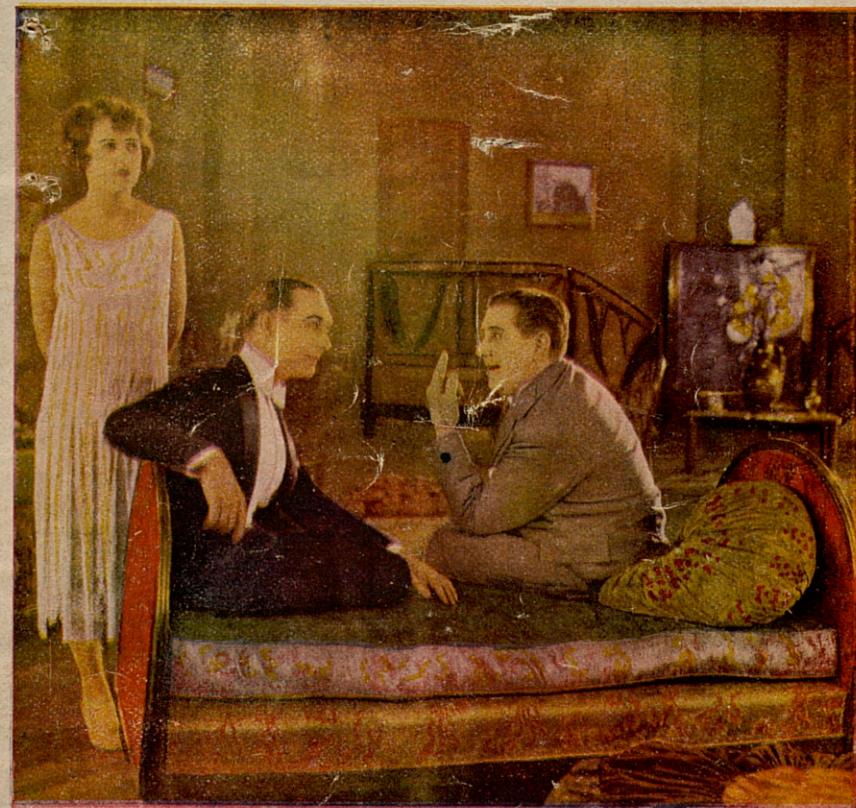


LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRÁFICA

CHU-CHU, PESO PLUMA



Versión literaria de la hermosa película de igual título, interpretada por
el popular artista
ANDRÉ ROANNE

25 CTS.

LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

Redacción y Administración Mora de Ebro, 141 - BARCELONA (Vallcarca)

CHOU-CHOU Poids PLUME

1925

CHU-CHU, PESO PLUMA

Versión literaria de la hermosa película de igual
título, interpretada por el popular artista

ANDRE ROANNE

7X-10-26 PATHÉ CINÉMA
CHU-CHU ANDRE
ROANNE

I

Aquella tarde, el hipódromo de Saint Cloud, situado, como nadie ignora, en pleno Bosque de Bolonia, estaba concurridísimo. Ciento que el acontecimiento era de los de mayor cuantía, pues se corría nada menos el célebre premio Rotschild, certamen hípico que atrae a todos los adeptos de las carreras y sobre el cual se cruzan fantásticas apuestas.

Entre la multitud de elegantes damas y damitas que desde los palcos contemplaban las incidencias de la gran prueba

deportiva, hallábese aquella tarde de Diana Benson, una deliciosa mujercita americana, conocida en Chicago con el sobrenombre de la Reina del Azúcar, por tentar con sus millones el control de tan importante negocio, y a quien la gran guerra había dejado prematuramente viuda.

Acompañábale en el viaje que realizaba por Europa, en busca de diversiones que calmaran su "spleen" un individuo llamado Jim Beckett, compatriota de Diana y admirador impenitente, no podemos precisar por el mo-

mento si de su belleza, de sus millones o de ambas cosas a la vez. Por no separarse de ella había ido cediendo a sus caprichos de despótica adinerada y ahora, era a su lado algo así como un escudero o un secretario insustituible.

Cuanto mayor era el entusiasmo que despertaban las proezas de los corredores, los espectadores observaron con sorpresa y admiración que uno de ellos, que iba en el último pelotón, "despegábase" netamente de sus contrincantes y, en un supremo esfuerzo, adelantaba a todos un buen trecho.

—¡Bravo, "Chu-chu"! —Bravo! —empezaron a gritarle las mujeres de los palcos y tribunas. —"Chu-chu gana!" —"Chu-chu" gana!

—¿Quién es ese "Chu-chu"? —interrogó Diana a Jim Beckett. —Le conoce usted acaso?

—¡Ya lo creo! Es el hijo único de los Condes de Brodelet y de Suberville. Aunque su nombre es Luciano, el Todo-París le conoce por el cariñoso remoquete de "Chu-chu"...

—Es un hombre simpático... —Charming, verdad? —dijo la viudita, a quien, por lo visto, no disgustaba el jockey.

—Diana, ¿por qué piensa usted en otros hombres, cuando sabe que yo la amo apasionadamente? —Por qué no accede a ser mi esposa?

—¡No me venga usted con su eterna canción! —replicó la Reina del Azúcar. —Al final, se pone usted fastidioso!

Y continuó siguiendo, con el mayor interés, las incidencias de la carrera, que fué ganada, al final, por Luciano Broelet de Suberville, vulgo "Chu-chu", montando su célebre caballo "Whisky".

II

Aquella noche, Diana Benson no durmió apenas. La obsesiona- ba la imagen del apuesto "Chu-chu", del que se había enamorado con solo verle, como una inocente colegiala.

En cuanto se levantó, su primer cuidado fué proporcionarse una guía de teléfonos. Consultándola, se apercibió de que el padre de Luciano, era nada menos que el propietario de una importante refinería azucarera. La ocasión no podía ser más propicia...

So pretexto de negocios, llamó al Conde, pidiéndole una entrevista, que éste se apresuró, gustoso, a concederle.

Hablaron de todo un poco... Del nuevo trust que se formaba, del problema de los cambios, de las aduanas, de la crisis... Y, de pronto, la astuta Diana, fijándose en un retrato que pendía en medio del despacho del Conde Broelet de Suberville, le dijo:

—Perdone usted, querido Conde: ¿por acaso ese retrato es de alguna persona de su familia?

—¡De mi propio y único hijo! —contestó Broelet con legítimo orgullo.

—Entonces, ¿usted es el dichoso padre de "Chu-chu"?

—El mismo que viste y calza, señora.

—Le conocí en las carreras de Saint Cloud, el día que ganó el premio Rotschild... ¡Es muy simpático!

Y la viudita puso los ojos en blanco, haciendo un gesto que no pasó desapercibido para Brodelet.

—Luciano debe venir esta noche con nosotros al teatro de los Capuchinos... Si usted se digna acompañarnos...

—¡Oh! Con muchísimo gusto...

Pero los papás proponen y las amigas de los hijos disponen.

Y, ya comprenderán nuestros lectores que, rico, ocioso, guapo y joven como era "Chu-chu", no podía pasarse sin una amiga.

Era ésta una modesta, pero hermosa y simpatiquísima "midinet", llamada Mónica Florent, a quien "Chu-chu" conocía en la intimidad por "La Alondra".

Aquella noche, el dulce coloquio que sostuvo Luciano con ella, fué tan embelesador que, aun a riesgo de provocar la indignación paterna, en el fondo muy leve, no compareció en el teatro donde le había citado el autor de sus días para presentarle a Diana Benson.

—¡Nada! —dijo el buen señor, al ver que "Chu-chu" no comparecía. —Está visto que mi

hijo nos va a dejar en ridículo esta noche!

Despechada, Diana Benson replicó:

—Sin duda, debe estarse entrenando... Hay deportistas que también cultivan su afición de noche...

Cuando se despidió de los Condes, se limitó a pronunciar unas leves palabras de adiós. Su atención estaba fija por completo en el muchacho.

Desde el siguiente día, Diana se dedicó a espiar cautelosamente a "Chu-chu".

Siempre guiándose por el listín de teléfonos, había averiguado que su cuartito de soltero estaba instalado en el Paseo de Alberto I, y ante la puerta se situó, esperando verle salir.

Aunque deportista, "Chu-chu" no era de los que se levantaba temprano. Por ello, Diana Benson hubo de aguardarse hasta las once y media, hora en que Luciano salió de su casa para ir a buscar a su "Alondra", que ejercía el cargo de vendedora en una tienda de sombreros de las más lujosas de la rue de la Paix.

No hubo de esforzarse mucho la Reina del Azúcar para comprender que aquella era la amiguita de Luciano, ni para saber cómo se llamaba. Cuando se dispone de dólares en abundancia, en París, como en Cien-truénigos, es muy fácil averiguar estas cosas.

Comprendiendo que, si se dirigía a Luciano, iba a perder miserablemente el tiempo, Diana, que sin duda había leído "La Garçonne" de Paul Margueritte, se decidió a invertir los papeles y presentar al Conde de Brodelet su demanda de matrimonio con "Chu-chu".

—Querido Conde—le dijo aquella tarde, cuando le fué a visitar—. Hoy no vengo a hablar con usted de negocios, sino de amor.

—¿Cómo?—dijo el buen señor que, aunque estuviese acostumbrado a las excentricidades norteamericanas, no acertaba a adivinar aquellas palabras.

—Verá usted... A mí me gusta su hijo... Estoy enamorada de él, y, como me parece que soy un buen partido, le pido a usted, lisa y llanamente, la mano de su hijo...

—Señora...—contestó el Conde que no sabía si estaba soñando—. Su petición me honra, pero antes, tengo que oír al interesado... Mañana mismo le contestaré.

—Vendré a buscar la respuesta—exclamó la audaz americana—. ¡Y no olvide que, una vez unidos nuestros dos negocios por los lazos del amor, podremos imponernos al mercado universal y *trustearemos* todos los azúcares del mundo! ¡Entonces seremos, no los reyes, los Emperadores del cortadillo y del granulado!

III

Aquella noche, la intimidad del hogar paterno no fué muy agradable para "Chu-chu".

Cuando su padre le planteó la boda hecho Diana Benson, el mu-

—¿De modo que rehusas? ¡Sin conocerla siquiera? ¡Un partido de 'Rey! ¡De Rey del Azúcar!

—Mi *real* voluntad es ser li-



—Calla, «Chu-chu»... Me parece que llaman a la puerta

chacho contestó con un "no" rotundo, que disgustó sobremanera al Conde que ya veía a su demanda que de su mano havástago unido con una millonaria y convertido en el Rey del Azúcar.

bre, papá—replicó "Chu-chu"—¡Pues bien!—exclamó Brodelet, exasperado—. Puesto que quieras ser libre, allá te las compondrás! ¡Yo no te doy más dinero! ¡Las facturas que tengas pendientes, te arreglas co-

mo puedes para pagarlas! ¡Yo no suelto un céntimo!

—Perfectamente, papá—repuso Luciano. Puesto que tú loquieres así, sea. Me las pondré como pueda. ¿Acaso te crees tú que un deportista como yo se va a morir de hambre?

Y, muy digno, salió del hogar paterno, dispuesto a no parecer más por allí si insistían en casarle con aquella americana que se creía que con sus millones podía hacer lo que le viniera en gana.

Al día siguiente, puntual como un cronómetro, Diana Benson se presentó en el despacho del padre de "Chu-chu".

—¿Ha hablado usted con su hijo, mi querido futuro suegro?

—Verá usted... verá usted... —replicó el Conde, sin atreverse a decir toda la verdad... — Mi hijo es todavía muy joven para pensar en casarse...

La Reina del Azúcar, al oír aquellas palabras, se puso roja de rabia.

—¿De modo que prefiere quedarse con su modistilla?

Brodelet hizo un gesto vago.
—¡Sin embargo!—repitió ella—yo valgo mucho más que esa chiquilla!

—No la conozco, pero estoy convencido de ello—murmuró el padre de Luciano. ¡Señor, señor! ¡Y qué idiota es mi hijo!

Diana salió volada de casa de Brodelet.

—¡Ponga usted inmediatamente un cable a Chicago!—ordenó furiosa, a Jim Beckett. ¡Que expidan inmediatamente a Francia todos los "stocks" de azúcar de que dispongan! ¡Inundaremos el mercado!

—¿Lo ve usted?—dijo con aire de triunfo Jim, que acababa de descubrir todo lo ocurrido. Ya le dije yo que era insensato desdeñarme a mí por ese niño bonito... —¿Una vez más va usted a negarse a concedermee su mano?

Por toda respuesta, Diana leyó el telegrama que Jim iba extendiendo, mientras hablaba, y lo dejó caer sobre la mesa, exclamando:

—¡Vaya usted a paseo!

La guerra estaba declarada, y en aquella guerra se jugaba nada menos que la fortuna del Conde Brodelet de Suberville.

En tres días, la tonelada de azúcar descendió seiscientos frances.

El Conde de Brodelet se mesaba los cabellos de desesperación.

—¡Esta mujer va a ser la causa de mi ruina!—exclamaba con amargura.

En vano acudió a ver a su hijo, pidiéndole nuevamente que se casara con Diana Benson. Luciano se mostró incombustible.

—¡Es que vas a llevarme a la quiebra!

—¿Qué culpa tengo yo, papá?

—Pues bien: puesto que te niegas a esa boda, no cuenes conmigo para nada—dijo Brodelet. ¡Ahora, ni para comer te daré!

—Pues, trabajaré. Ya te lo dije cuando me retiraste el subsidio que me dabas para mis gastos.

—Y, además—siguió diciendo el Conde—, ¡tu pobre madre y yo te prohibimos terminantemente que vuelvas a poner los pies en nuestra casa! ¡Eres nuestro hijo, pero has muerto para nosotros!

Y se despidió, sin decir siquiera adiós a su hijo.

"Chu-chu" quedó sumido en la mayor confusión.

El ya lo había dicho, que trabajaría... Pero ¿para qué serviría? ¿Para chófer de taxi? ¿Para bailarín profesional? ¿Para domador de potros en el Far-West?...

El pobre Luciano, desesperado, había empezado a arrojar al aire zapatos, camisas, cuellos, puños y demás efectos de su uso particular, cuando su "Alondra" le dijo:

—Cálmate, "Chu-chu"... Cálmate... Y calla, que oigo a alguien llamar a la puerta...

Era el señor Lormeau, su profesor de boxeo.

—Viene usted de perillas, señor Lormeau—le dijo—. Usted me dijo un día que mi "chocet del derecho" valía una fortuna... Yo ahora necesito ganarme la vida. —Le parece a usted que boxeando...?

—Hombre, a mí me parece que sí, pero para eso, tendrá usted que ponerte de acuerdo con mi señora, que en cuestiones de números es una especie de "as".

En efecto, la esposa del "manager" extendió un contrato habilísimo. En él se comprometía

Lormeau a satisfacer a Luciano sesenta mil francos el primer año, noventa mil el segundo y ciento veinte mil el tercero. Pero, en caso de ruptura por parte de uno de los contratantes, el otro podía exigirle una indemnización de ciento cincuenta mil.

Cuando Lormeau vió el contrato, los ojos estuvieron a punto de saltárselle de las órbitas.

—Pero, qué has hecho, desgraciada?—preguntó. —No ves que ese contrato es una ruina para nosotros?

—¡No, hombre, no!—replicó ella. —No ves que el padre de "Chu-chu" es riquísimo y por ningún precio consentirá que su hijo boxee en público?

—Eres una alhaja—contestó Lormeau convencido. —A mí no se me hubiese ocurrido esa idea ni por equivocación.

Y, en un lugar apartado de París, empezó "Chu-chu" sus entrenamientos. Cada día, su "Alondra" acudía a verle y

darle ánimos para la lucha.

Ella era la única que conocía el escondite de "Chu-chu".

Este, de tanto en tanto, escribía a su madre, explicándole que pronto estaría en condiciones de subir al "ring" y luchar ventajosamente.

Entre tanto, Brodelet había desplegado toda una legión de detectives en busca de Luciano, y otro tanto hacía Diana Benson, pero "Chu-chu" seguía invisible.

—Esto no ocurre más que en Francia!—decía la hermosa Reina del Azúcar. —En mi país, ya le hubieran encontrado cincuenta veces!

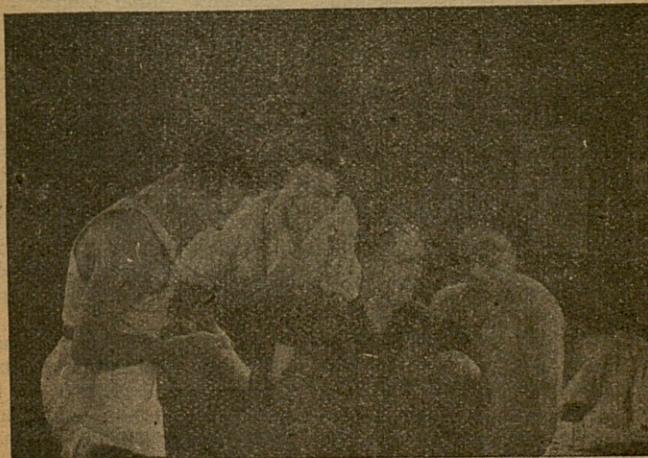
—Si...—le contestaba Jim. —Pero aquí en estamos en Francia... y las cosas no ocurren como usted quisiera... En cambio, ¿ve? yo aquí me declararía a una mujer bonita como hago con usted y, en lugar de desdeñarme, se apresuraría a abrirme los brazos y a preguntarme qué día pensaba llevarla a la vicaría...

Los periódicos deportivos anunciaron cierta mañana, en grandes titulares, que el famoso deportista Luciano Brodelet de Suberville, hijo del conoci-

Juzguen nuestros lectores el asombro y la indignación del Conde.

¡Su hijo único, combatiendo en público!

V



«Chu Chu» se entrenaba diariamente...

do aristócrata y acaudalado industrial, el Conde del mismo nombre, iba a aparecer en el "ring" del Circo de París, debiendo luchar con el profesional Battling Batave.

Tras muchas gestiones, consiguió descubrir el escondrijo donde se entrenaba "Chu-Chu".

—Soy el Conde Brodelet de Suberville—dijo a Lormeau—y deseo ver a Luciano.

—Con mucho gusto. Pase usted...

“Chu-chu”, al ver allí al autor de sus días, dió un grito de sorpresa.

—¿De manera—preguntó fríamente Brodelet—, que no sólo te dedicas a arruinarme, sino que nos deshonras?

Luciano se quedó sin saber qué decir.

—Además, todo París está inundado de carteles en los que se te ve en paños menores, con una frescura rayana en el cinismo...

—Pero, papá—se atrevió a decir “Chu-chu”—. ¿No comprendes que trabajo para vivir? Si tú me niegas tu ayuda, ¿quieres acaso que me muera de hambre?

Lormeau, que olió el negocio en perspectiva, llamó al Conde, mostrándole el contrato suscrito por su hijo.

—¿De manera que para evitar esa vergüenza, yo tengo que darle a usted ciento cincuenta mil francos? ¡Esto es una estafa! ¡Esto es un “chantage”!

Y, desesperado, después de maldecir de nuevo a su hijo, el Conde se marchó de aquel lugar.

Momentos más tarde, un hombre a quien Luciano no conocía, se presentaba en el lugar donde se entrenaba Luciano.

—Permítame que me presente a mí mismo—le dijo—. Soy Jim Beckett, agente de la “Standard Boxing Company”, de Chi-

cago”. Deseo contratar a usted...

—No es posible, caballero—replicó Luciano—. Me liga un contrato con mi “manager” y tendría usted que pagar una fuerte indemnización...

—No importa. La pagaré.

—Además, yo exigiría triple de lo que me tiene asegurado el señor Lormeau.

—Estoy dispuesto a satisfacerlo. Firme usted.

Y le presentó un contrato que llevaba ya redactado. Apenas “Chu-chu” hubo puesto la firma en el papel, una carcajada triunfal resonó en la estancia y Diana Benson apareció diciéndole con tono desafiador:

—Esta vez ha perdido usted. La “Standard Boxing Company” soy yo. He pagado, y usted me pertenece, porque es un “gentleman”.

—Terriblemente americano... lo comprendo —replicó “Chu-chu”.

—Por lo tanto, estoy a su disposición.

—Pues prepárese a seguirme a Chicago. Naturalmente que no pienso hacer boxear a mi futuro marido, de manera que le daré un puesto en mis oficinas.

—Me parece muy bien—dijo entonces Luciano—. Pero, en tal caso, le agradeceré dí tambien una plaza en las oficinas a la señorita Mónica Florent, que me acompañará.

—¡Ja, ja!—exclamó Diana—. Los Estados Unidos no dejan entrar en su territorio a las “amiguitas”.

—En eso llevan razón... me casaré con ella antes de partir.

Diana hizo un movimiento de contrariedad.

—Libre queda usted, señor

“Chu-chu”—le dijo—. Pero piense usted que las mujeres norteamericanas no consenten que nadie se burle de ellas!



—No importa. Pegaremos lo que sea

VI

El audaz plan de Diana había fracasado, y había que atacar por otro lado. Esta vez fué Battling Batave, el adversario de “Chu-chu” el instrumento que decidió utilizar. Le mandó a

buscar y le ofreció un cheque de diez mil dólares si lograba vencer a su adversario.

En aquella lucha de vanidades, donde el amor propio jugaba el papel principal, una so-

la mujer sufrió verdaderamente: la madre.

Cada día escribía cartas a su hijo, rogándole renunciara a aquel combate en el que se exponía a recibir un golpe que fuese fatal para su futura salud.

“Te pido, hijo mío—decía en sus cartas la acribillada Condesa—que abandones esa terrible profesión, porque es una tortura constante para mí el pensar que puedes recibir un daño irreparable. A todas horas me acorren pesadillas en las que te veo débil y enfermo, como cuando, de niño, te dormía entre mis brazos... La situación económica de tu padre se ha restablecido completamente y, por lo tanto, es inútil que sigas exponiéndote de este modo. Ya sabes que una sola palabra tuya volvería a abrirte de par en par las puertas de nuestra casa...”

Pero Luciano estaba resuelto a luchar. Era ya una cuestión de amor propio, y por nada del mundo hubiese dejado de comparecer en el “ring”.

Llegó la esperada noche del “match”.

Entre los primeros grupos de espectadores llegaron Diana Benson y Jim Beckett.

La Reina del Azúcar se dirigió en seguida en busca de Battling.

—Cuento con usted, *my dear*—le dijo—. Ya sabe usted lo que le prometí y por otra parte, me parece que no le ha de ser a

usted muy difícil ganar... Sin embargo...

Diana sonrió de una manera extraña al pronunciar aquellas palabras y añadió luego:

—Sin embargo, le ruego que no le pegue demasiado fuerte...

Transcurrieron los primeros encuentros entre la general indiferencia.

Faltaban pocos minutos para que Luciano hubiese de subir al “ring”, cuando una señora, elegantemente vestida, se presentó en el Circo de París.

—Soy la madre de “Chu-chu” dijo—y deseaba hablarle.

—Puesto que es usted, señora—dijo Lormeau—voy a avisarla, pero le ruego sea breve. En estos momentos, el tiempo es oro.

Luciano, que ya estaba dispuesto para la lucha, salió corriendo a abrazar a su madre.

—¡Hijo mío!—sollozó ella—. Renuncia a combatir. Todavía estás a tiempo... Pagaremos lo que sea...

—¡Nunca, madre mía!—exclamó “Chu-chu”—. ¡Va en ello mi honor, el honor de nuestro apellido, y en modo alguno puedo volverme atrás!

No hubo manera de convencerle.

Sonó el gongo y se anunció que iba a empezar el combate Brodelet de Suberville-Battling Batave.

Este estaba segurísimo de su victoria.

—No os preocupéis—decía—.

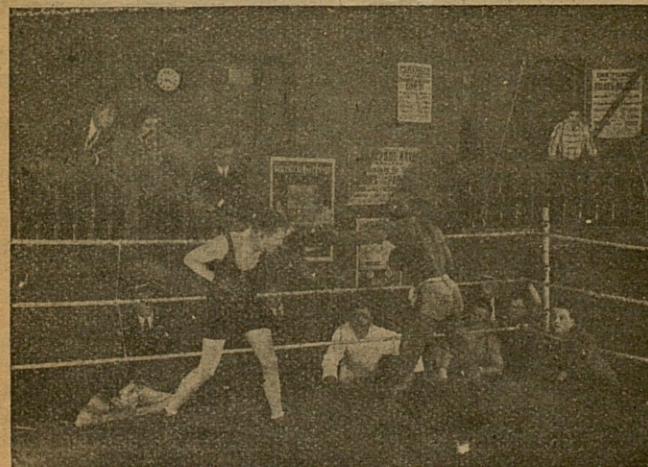
A ese niño bien, le dejó “knock-out” al primer “round”.

Empezó el combate.

Battling pegaba de firme. Pero “Chu-chu”, magníficamente

quieta y nerviosa la lucha, otra mujer contemplaba el combate con intensa emoción, pero segura del resultado.

Era Mónica, la “Alondra” de



—¡Diablo! ¡El pequeño se despide al

entrenado, recibía sus golpes con admirable resistencia.

Si Diana Benson seguía in-

“Chu-chu”, que, en un asiento de “ring” animaba a su amado con la voz y con el gesto...

VII

Transcurrieron los dos primeros "rounds". Todo el mundo creía en la victoria de Battling.

—¡Ese imbécil quedará "knock-out" al tercer "round"—afirmaban casi todos los concurrentes aludiendo a "Chu-chu".

Mas he aquí que, de pronto, en toda la concurrencia, se notó un movimiento de curiosidad.

—¡Diablo! ¡El pequeño se despierta! ¡Oh! ¡Y pega! ¡Y Battling no le puede resistir! ¿Qué es eso? ¡Battling a tierra! ¡Y no se levanta!

El árbitro, fríamente, iba contando.

—Ocho... nueve... Diez...

Battling siguió inmóvil en el suelo.

—“Knoc-out!”

* * *

Entonces ocurrió una cosa extraordinaria. El público, electrizado ante el inesperado triunfo de "Chu-chu", se precipitó sobre el "ring" cogiendo al nuevo campeón de peso pluma y llevándole en triunfo...

Y el Conde Brodelet de Su-

berville, que hasta entonces reñegara del boxeo y de quien lo había inventado, se precipitó sobre su hijo abrazándole y gritando:

—¡Yo! ¡Yo soy el padre del héroe!

Mónica, orgullosa del triunfo de su amado, encaróse con el Conde:

—¡Es claro que tenía que vencer! Yo era la única que estaba segura de su triunfo, porque le quiero de veras!

—Muy bien dicho, pequeña! —contestó emocionado Suberville. Sin embargo, reconoce que el boxeo no es una cosa adecuada para el hombre a quien quires...

—Sabe usted en qué condiciones renunciaría yo? —dijo entonces "Chu-chu" a su padre.

—¿En cuáles? ¡Pide por esa boca!

—Pues ¡casándome con mi "Alondra"!

Un hombre se acercó en aquel momento al grupo. Era Lormeau.

—Aquí está el amigo Wrigth, de Nueva York, que desea contratar a su hijo —dijo a Brodelet.

—¡Renunciamos al boxeo! —replicó el Conde:

CHU-CHU, PESO PLUMA

—¡Tendrán ustedes que pagar una indemnización —repuso el "manager" exhibiendo el contrato.

El padre de Luciano lo leyó.

—En este contrato hubo una mala fe manifiesta por parte de ustedes, amiguito. Pero, como no

—¡Ya no hay qué temerme!...

—repitió "Chu-chu". Yo soy "knock-out" también... "Knock-out" en negocios... "Knock-out" en boxeo... "Knock-out" en amor...

—¡“Good bye”, “Chu-chu”!

—exclamó la Reina del Azúcar.



—Soy «Knock out», yo también...

quiero llos, le daré a usted cincuenta mil francos, a menos que no prefiera usted verse envuelto en un proceso ruidoso.

—Además —añadió "Chu-chu"

—como no voy a boxear más...

Diana se había acercado a Luciano y le escuchaba atentamente.

—Diana cazadora no ha podido cazar la pieza que más le interesaba...

* * *

Sin cumplidos, ofreció su brazo a Jim que, radiante de alegría, le dijo:

—¿Verdad que ahora no rehusa usted ser mi esposa?

Diana, pensando que vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer, dijo esta vez que sí... Y de este modo, cada pareja siguió la ruta que el destino le había trazado de ante-

mano...

Un auto les llevó a su hotel. Diana parecía ver todavía a "Chu-chu" abrazado a la linda modistilla. Y, con un suspiro en el que se reflejaba toda su desilusión, exclamó:

—¡Qué lástima! De todas maneras, era un hombre encantador...

FIN

LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

ALBUM DE ARTISTAS DE LA PANTALLA



ISABELITA RUIZ

He aquí a una de las principales figuras españolas de la cinematografía, y, desgraciadamente, no podemos decir, de la cinematografía nacional, ya que ha sido en Francia y no en nuestra nación donde la gentilísima ex-bailarina ha hecho su afortunado debut ante el objetivo.

El milagro se debe a Henry Rousell, el famoso "producer" "americano, residente en París que, anteriormente, elevará a Raquel Meller —otra artista española que produce para el extranjero— a la categoría de estrella.

La creación que ha hecho Isabelita Ruiz de la protagonista de "Destino..." ha sido portentosa, y el éxito alcanzado de los más resonantes. Con él ha hecho su aparición en la pantalla y con él pasará a ocupar un lugar preeminente entre las estrellas del arte mudo.